

DELCOURT, JACQUES: *Invertir en hombres. Una política educativa de cara al desarrollo*. Madrid, Ed. Razón y Fe, 1969, 338 pp. (Colección Biblioteca Fomento Social, núm. 7.)

El autor, profesor de la Universidad de Lovaina y doctor en Ciencias Sociales y Políticas, expone en la presente obra las consecuencias que, desde el punto de vista sociológico y económico, se derivan del desarrollo de la educación.

En cinco partes principales y unas conclusiones, además de una magnífica bibliografía internacional, está sistematizada esta obra.

Trata en la primera parte del desarrollo de la enseñanza y sus consecuencias económicas y sociales. Estamos en un periodo de transición, entre una sociedad en la que la instrucción estaba reservada a un número reducido de personas y otra sociedad en la que la instrucción se extiende a la masa. Como escribe Lazard: «la sed de saber invade el universo». La posibilidad de aprender ocupa más años en la vida del hombre, nuestra civilización técnica y científica exige cada vez más trabajadores cualificados, técnicos e investigadores y se requieren niveles de instrucción más altos para mantener y desarrollar la renta nacional e individual.

La considerable elevación de los niveles de escolaridad en la población activa, debido a la generalización de la obligatoriedad escolar y reducción de los costes de enseñanza, se presenta como el fenómeno más revolucionario de los últimos treinta o cuarenta años. Este volumen de instrucción se aprecia por el número de años de estudios realizados por la población activa. Así Schultz estableció que este volumen había pasado en Estados Unidos de 216 millones de años en 1900 a 766 millones de

años de estudios en 1957; el porcentaje pasó durante este periodo de 4,1 años de estudios por trabajador al 10,5. Correspondiendo el 7,5 al nivel elemental, el 2,4 al medio y el 0,6 al superior. Calculando de este modo el crecimiento medio anual de una fuerza de trabajo, desde 1900 a 1957 en los Estados Unidos, sobrepasa el 3 por 100.

El crecimiento futuro de este volumen de instrucción depende en gran parte de la evolución de la escolaridad. En efecto, en las civilizaciones más adelantadas, el sistema de enseñanza se ha hecho cargo de las funciones de socialización que en otros tiempos estaban confiadas a otras instituciones, como la familia, la Iglesia e incluso el Ejército. Una parte importante del desarrollo de la enseñanza técnica y profesional, está a cargo de la sociedad que costea la formación de los individuos, hasta que están aptos para desempeñar un trabajo productivo. Anteriormente la empresa financiaba directamente esta formación; hoy la sociedad se hace cargo de esa formación privada.

Hay una exigencia cada vez mayor del desarrollo científico y técnico. Como afirma Drucker, está más en un periodo de transición en el que la instrucción y la investigación ha dejado de ser un lujo para convertirse en un imperativo de producción. Durante los últimos treinta años los gastos en investigación técnica y científica de la industria americana se han multiplicado por 70 aproximadamente, pasando de menos de 100 millones de dólares a unos 7.000 actualmente. De ser un factor marginal ha pasado la investigación industrial a ser un generador de energía económica. Esta expansión no es posible sin la formación de un número creciente de técnicos, de investigadores y de sabios.

Un óptimo de productividad no se obtiene con cualquier volumen o combinación de educación. Dentro de una población activa, una combinación conveniente de los niveles y de los géneros de instrucción tiene tanta importancia como el nivel alcanzado.

Se refiere en la segunda parte a las aspiraciones de la educación y educabilidad. Analiza los mecanismos por los que la sociedad se esfuerza en crear las aspiraciones y cultivar las capacidades de los individuos, los obstáculos que en la estructura de la sociedad impiden distribuir la enseñanza con una perfecta igualdad de oportunidades y la selección que en el sistema social o de enseñanza clasificará a los individuos en función de sus aptitudes reales. Sin embargo, aunque al enjuiciar la primera enseñanza se dé un máximo de oportunidades a todos, y aunque se ponga empeño en que todo el que tenga aspiraciones y capacidad pueda tener oportunidades de desarrollarlas, continúa registrándose una correlación positiva entre las capacidades y la procedencia social de los individuos.

Al principio no es posible definir «quién tiene tales o cuáles talentos», o «quién puede adquirir» tales aptitudes y en qué medida, por lo que es necesario movilizar a todos y multiplicar las aspiraciones al nivel de la masa. Pero no es posible hacer brotar en todos las mismas aspiraciones. Asimismo, el hecho de crear aspiraciones no desarrolla indefinidamente la capacidad intelectual, aunque permita hacerla aparecer; incluso podrían suscitarse aspiraciones con una orientación de poco interés o que sobrepasasen las posibilidades reales de absorción de talentos. Pero esta operación puede resultar peligrosa. Por tanto, sería necesario que, al mismo tiempo que se des-

pierten aspiraciones, los objetivos que se les fijen sean realizables. Para incitar a los jóvenes provenientes de medios populares a buscar el desarrollo de las aptitudes requeridas para acceder a puestos determinados, es menester que la distribución de estos puestos se opere equitativamente. Es preciso que todos los mecanismos basados en la procedencia social y familiar, o en otros privilegios, igual que los sistemas de tutela, sean reemplazados por una selección de funciones de las aptitudes demostradas y certificadas en el marco de una competencia y de una criba que actúe sobre la misma masa.

Movilidad social, ingresos y posibilidades de empleo de las personas instruidas es el tema que desarrolla en la tercera parte, sin duda la más importante y extensa de esta obra.

En las sociedades científicas y técnicas se impone la búsqueda de inteligencias, debido a que hay que encontrar y desarrollar toda una gama de conocimientos para hacer frente a las rápidas transformaciones impuestas por la creciente competencia entre las naciones y los bloques internacionales.

El objetivo de la enseñanza es desarrollar, en la medida de lo posible, las aptitudes de todos y seleccionar los más inteligentes, pero de un modo tan objetivo como sea posible, es decir, evitando y eludiendo los mecanismos de predestinación en función de la raza, de la clase social, familiar, o de la importancia de los recursos con que cuenta la familia. Una primera cuestión que se plantea es la de saber en qué medida la movilidad social depende del desarrollo de la educación y del sistema de enseñanza. Hay otras causas determinantes, como el crecimiento demográfico, el desarrollo económico y la elevación del nivel de vida o el progreso científico y técnico. Estas evoluciones desarrollan los empleos del sector terciario y la necesidad de especializaciones muy diversas.

En nuestras sociedades, donde se ha intentado crear una situación en la que todos tengan las mismas posibilidades de acceso a la enseñanza, la educación deja de ser la prueba, el signo o el símbolo de la pertenencia a un rango superior o de un origen social más elevado, para convertirse ante todo en una esperanza o en una puerta que se abre, el acceso a un *status* superior y a un consumo que sin ella sería inaccesible. Sin duda, la evolución suscita la aspiración a la movilidad, al ampliar los horizontes profesionales y desarrollar el deseo

de alcanzarlos. Pero el sistema de enseñanza no asegura la movilidad social más que en el caso de que la posición social de los niños dependa de la instrucción recibida y del éxito escolar, más que de la pertenencia social.

Sorokin coloca la escolaridad entre las causas importantes de la movilidad social. Si la instrucción equivale a una especie de derecho a la promoción y si determina a su vez los niveles de aspiraciones, éstos no pueden satisfacerse si no se crean empleos correspondientes a estas aspiraciones. De nada sirve que las familias inciten a los estudios si faltan posibilidades de trabajo que permitan valorizarlas. La enseñanza no crea la movilidad en cualquier condición. Según Schumpeter, el desarrollo de la enseñanza, sobre todo a nivel superior y universitario, tiende a hacer aumentar la oferta de servicios en las profesiones intelectuales y liberales más allá de los límites de oportunidad trazados por la consideración de los costes y de los rendimientos financieros de estos niveles de instrucción. Como conclusión, puede afirmarse que no se concibe una política educativa sin una política de empleo.

La instrucción, en unas ocasiones, es factor de igualación, y en otras, de diferenciación de ingresos. Un factor que los teóricos del salario y de su reparto no han tenido en cuenta. Las incidencias dinámicas de su generalización merecen un atento estudio. El autor de este libro examina los estudios realizados en relación con los ingresos y los niveles o los costes de instrucción. Establece un juicio crítico sobre estos cálculos, que constituyen uno de los medios de apreciar el dinamismo del desarrollo de instrucción en la transformación económica. Busca las causas y mecanismos de nivelación de las diferencias de salario; examina los aspectos dinámicos de la evolución del reparto de la renta en función del desarrollo y los niveles de instrucción en el conjunto de la población; considera la evolución probable de acuerdo con la demanda de aptitudes.

Los gastos o inversiones suplementarios en el terreno de la enseñanza no se pueden juzgar, en función de la rentabilidad individual de la educación, sin tener en cuenta el conjunto de las repercusiones favorables o desfavorables sobre terceras personas, sus empleos, sus rentas y sus consumos. La inversión humana puede tener en el campo de la educación una rentabilidad colectiva o global, sin

que esto se traduzca en una rentabilidad individual, y ésta no constituye un índice importante en la contribución social. Economistas y sociólogos estiman, además, que la rentabilidad de la instrucción no se mide únicamente en términos monetarios individuales. Su rentabilidad no es la mera diferencia entre un coste y una renta, ni para el individuo ni para la nación. El aumento del capital de instrucción dentro de un país no se manifiesta exclusivamente en costes y en ventajas financieras, aunque los cálculos monetarios sean indispensables.

La rentabilidad, tanto en el plano individual como en el colectivo, no es inmediata. La evolución económica no corresponde espontáneamente al aumento de instrucción. Vaizey señala que la elevación de la enseñanza básica de un 30 a un 35 por 100 en la población adulta masculina no tiene necesariamente repercusiones importantes sobre la productividad general, mientras que la elevación de un 30 a un 75 por 100, durante un período relativamente breve, puede tener una gran significación para la estructura de la producción y la capacidad general del desarrollo económico de una sociedad. El Estado, que calcula en el plano global a muy largo plazo, es el único que tiene posibilidad de gozar de la totalidad o parte de los resultados de la instrucción ofrecida a los jóvenes, a los trabajadores o a cualquier otro miembro de la sociedad.

Jacques Delcourt examina, en la cuarta parte, la educación y flexibilidad de la oferta de aptitudes. En nuestra humanidad en vías de especialización funcional, gracias a las técnicas de producción y de gestión, gracias también a la diversificación profunda de las necesidades y del consumo, el individuo debe tender a desarrollarse tanto como le permitan sus posibilidades, puesto que de su perfeccionamiento depende el de los que le rodean. La enseñanza tiene, de hecho, un importante papel en la selección y en la diferenciación de los individuos y en la combinación de sus aptitudes. La enseñanza tiene que corresponder a las exigencias, cada vez más diversas, del desarrollo de nuestra sociedad. Desde el punto de vista de los economistas, el sistema de enseñanza aparece como el mecanismo que permite pasar de una oferta de trabajo indiferenciada a una oferta estructurada; esto es, un progreso en una economía y en una sociedad funcionalmente especializada.

Las inteligencias desarrolladas por los diferentes sistemas escola-

res siguen siendo limitadas, en comparación con el conjunto de las que se podrían descubrir y formar a medida que se desarrolla la economía. La enseñanza no se puede contentar con preparar al individuo para una tarea particular. Es también una de las fuerzas que orientan a los individuos en la búsqueda de un orden social, introduciéndole en las creencias, conocimientos, valores, ideas, técnicas, actitudes y costumbres de una sociedad y cultura. Esto no implica que todos estén preparados para ello de la misma forma y con la misma educación, porque no todos tendrán que realizar en la sociedad las mismas tareas. Pero todos deben estar suficientemente preparados de modo que puedan mantenerse y desarrollarse en el orden social.

De hecho, la individualización puede recomendarse tanto basándose en las diferentes virtualidades de los individuos como en las necesidades cada vez más diversificadas de la sociedad. Para Mannheim, el objetivo de la enseñanza es desarrollar al máximo los talentos más satisfactoriamente, tanto para el individuo como para la comunidad y la sociedad. La enseñanza está indisoluble y complementariamente al servicio del individuo y de la sociedad.

En un mundo en rápida transformación no basta con formar a jóvenes, sino que es preciso formar y reformar continuamente a los adultos para que puedan adaptarse a las nuevas dimensiones del mundo. Es necesario una formación en todas las edades de la vida y en todos los niveles de la jerarquía. «Hay que adaptar de modo permanente—dice Gaston Berger—los conocimientos y las perspectivas, si se quiere que el hombre conserve sus facultades de opción y de dis-

cernimiento y si queremos que pueda seguir asumiendo eficazmente sus responsabilidades ante los problemas de su evolución y la del mundo.»

«Las incidencias de la educación sobre la evolución socio-cultural» es el título de la quinta y última parte. El autor añade: «Mientras que para los economistas y para toda una corriente de investigadores el sistema de enseñanza tiene como fin, ante todo, la adaptación de la población a los oficios y a las tareas profesionales que tendrán que realizar; para otros, en cambio, la enseñanza es un mecanismo de transmisión de un conjunto más o menos jerarquizado de valores y normas y un mecanismo de transmisión de modelos de vida y modos de pensar. Cuando se considera la enseñanza como un instrumento de preparación al individuo para los papeles y tareas que tendrá que realizar en el plano profesional, se hace de la enseñanza una pieza funcional en el desarrollo económico y en la evolución de los oficios y profesiones.»

De todos modos, paralelamente a la formación profesional, la enseñanza no puede dejar de preparar a las personas para hacer frente al aumento del tiempo libre y para el conjunto de tareas que tendrán que realizar como ciudadano, como miembro de una Iglesia, de un partido político, de un sindicato, de una familia, o como consumidor. Parece indispensable instruir a todas las personas de modo que sepan vivir en un nivel más elevado.

Una planificación de la educación que no tuviera en cuenta más que el desarrollo del empleo y prescindiera de las profundas interrelaciones existentes entre la producción y el consumo, y, por consiguiente, entre los objetivos de la

instrucción en la preparación para el empleo y la vida, sería incompleta. Además, sería peligroso prescindir de las relaciones entre los aspectos técnico-científicos de nuestras civilizaciones y los sistemas de valores y de normas. Para que la institución escolar goce de una mejor adaptación y de un mayor dinamismo, es preciso analizar la transformación y la multiplicación de los papeles desempeñados por los individuos y reconocer su importancia en la evolución cultural y social.

A continuación analiza los efectos dinámicos del desarrollo de la instrucción sobre la evolución de los gastos y los efectos del modo de vida y del consumo de los individuos sobre la uniformidad o la diversificación de los comportamientos fuera de la vida del trabajo. Estudia también la incidencia del aumento de la instrucción sobre la aptitud de la sociedad para transformarse y transformar sus modos de vida, de pensar y de actuar. La enseñanza es una de las fuerzas que contribuyen a la vez a la aristocratización de los individuos y a la difusión de los modelos de comportamiento y de los modos de pensar. Estas incidencias sobre el desarrollo cultural y social fuera de los medios de trabajo y del ejercicio de las profesiones no se ha analizado suficientemente hasta el momento, a pesar de su importancia para la evolución puramente económica de las sociedades y de su importancia indirecta para las estructuras del empleo. Además de la ampliación de los mercados, el desarrollo de la educación tiene también como consecuencia el refinamiento de los gustos y la diversidad de las preocupaciones, consecuencias estas, sin embargo, más difícilmente medibles.—MARÍA CONCEPCIÓN BARRIGUERO.